

La primera vez que me enfrenté al problema de determinar la edad de una estrigiforme quedé por completo en evidencia. Eran las cinco de la mañana en plena taiga finlandesa. Por fin, después de tres intentos, había capturado a un macho de Búho Real al que equipararía con un radioemisor y su anilla metálica correspondiente, de modo que todo eran sonrisas entre mi pequeño grupo. Tomadas las medidas de rigor, hechas las fotografías, me disponía a liberar al animal e irme a dormir cuando alguien, en un perfecto y claro finlandés, con lo de rotundo que tiene su pronunciación al oído mediterráneo, me preguntó: “Kuinka vanha se on?”. ¿Cuántos años tiene? Me quedé mirando a mi compañero y le respondí que no tenía ni idea. Sin la más mínima expresión en su rostro, extendió cuidadosamente las alas del búho, meditó unos momentos y me dijo que era un cuarto año calendario. Mi crédito como estudioso de las rapaces nocturnas estaba ligeramente dañado, por lo que sólo cabía una opción: anillar más, tomar mejores notas, encerrarme en el piso superior del Museo y dejarme los ojos examinando las colecciones de pieles hasta comprender lo que hasta entonces se había descrito sobre el proceso de muda de mi grupo favorito de aves.

Salí dos semanas después, con una ligera neblina de naftalina sobre los hombros y los ojos extrañamente fijos. Pensaba, desde ese momento, en las más de 200.000 rapaces nocturnas anilladas en Finlandia, y tenía ya la idea fija de contribuir de alguna manera a promover el anillamiento científico regular de Estrigiformes en España. Junto a mis compañeros de Madrid y Bilbao, igualmente entusiastas, no tardamos en comenzar la tarea de dar forma a este libro que por fin ve la luz.

Si bien es cierto que el anillamiento científico en España ha sufrido, en los últimos años, una importante mejora, tanto cuantitativa (más anilladores) como cualitativa (mejor formación), no lo es menos que las aves rapaces, y en particular las rapaces nocturnas, continúan siendo las grandes olvidadas de nuestros programas de marcaje. Así lo atestigua un escaso total de algo más de 15.000 nocturnas anilladas hasta el año 1999, la mayoría proveniente de centros de recuperación. Además, la información adicional que consta sobre estas aves (edad, estado de muda, etc.) es poco representativa y, por lo tanto, carente de valor cuando se trata de abordar el asunto fundamental de nuestro tiempo: la conservación. Por eso, el objetivo de este libro es múltiple: por una parte, estimular con su lectura el anillamiento de búhos, cárabos, mochuelos, autillos y lechuzas, ya que si conseguimos que los jóvenes anilladores se familiaricen con los métodos de trampeo (¡de anillamiento, sin eufemismos!) de rapaces nocturnas, estaremos promoviendo, de manera adicional, más y mejores anillamientos; en segundo lugar, proporcionar a los anilladores, así como a estudiosos de la ecología de las aves en general,

una primera referencia que permita determinar la edad y el sexo de nuestras rapaces nocturnas; finalmente, contribuir a resaltar el incalculable valor científico (es decir, útil en conservación) del anillamiento. En ayuda de este último extremo viene también nuestro deseo de dar a conocer estos métodos.

Como se ha constatado en otros países, el mejor modo de que el público en general deje de pensar que los métodos de anillamiento son cruentos y que marcar rapaces es cosa de furtivos, es dar a conocer con precisión las técnicas de captura, poniéndolas en práctica dentro de programas de estudio coherentes y acercando a los curiosos a nuestras sesiones de anillamiento. Efectivamente, en pocos años, esta práctica de hacer al público partícipe de las jornadas de anillamiento, acercándolo a este trabajo y transmitiéndole la fascinación que producen las aves rapaces, se ha convertido en un pilar básico dentro de los programas de educación ambiental de, por ejemplo, los EEUU. Hace algún tiempo, en Florida, pregunté por qué había tantos visitantes en el campo de anillamiento, y la respuesta fue del todo satisfactoria: “La mejor manera de dar excesiva importancia a algo es ocultarlo”. Comencemos pues, paso a paso, sin prisa, a hacer del anillamiento científico algo natural.

Volviendo a este libro, durante su realización hemos advertido las muchas carencias que aun tenemos en diferentes aspectos, desde el proceso de muda, que aún se conoce de manera imperfecta para algunas especies, hasta la escasa descripción hecha sobre las variaciones existentes entre regiones, o a las pocas clases de edad que podemos distinguir en algunos casos, frente al importante número asignable a muchas otras especies. Como en otros manuales de muda, describimos los resultados de nuestra experiencia de campo, de laboratorio y de la realización de una revisión exhaustiva de la escasísima literatura publicada hasta la fecha, de modo que podemos ofrecer al anillador una primera guía práctica que le facilite la tarea de la descripción de los distintos patrones de muda que nos llevan al conocimiento de la edad de un ave. Como es habitual en todo tratado de muda, se describen los modelos que mejor se ajustan a las poblaciones de estudio, de modo que, búho en mano, hay que estar ojo avizor frente a las variaciones individuales, que no serán pocas. Confiamos en que, por tratarse de un campo de investigación que está en sus comienzos, la lectura y, sobre todo, el uso de este manual estimulen la realización de trabajos sobre las peculiaridades de la muda de las Estrigiformes en nuestras latitudes. Nada nos complacería más que leer, dentro de unos años, trabajos que maten, reafirmen o contradigan las secuencias de muda que en este libro se proponen.

Mientras tanto, me he quitado el tufillo a naftalina a base de muchas jornadas de campo, he vuelto a la taiga muchas veces, y sigo disfrutando, siempre, allá en febrero, de la voz de aquel Búho Real que me dejó en evidencia.